
Los 90 Años de la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología

María A. Maidana de Lazarte

Lector: voy a contarle una historia. Una historia a veces lineal, a veces errática; tal vez encuentre en ella algunos vacíos, nombres o datos que usted conoce y sin embargo están ausentes. Es la historia de una institución y toda institución tiene distintas aristas, caras, planos de análisis, el objeto se ve según desde donde se lo mire, intentaré que compartamos la mirada.

El entorno

Los primeros años del siglo pasado fueron testigos de numerosos cambios en la estructura social de la Argentina de aquella época. La población crecía incluyendo un 30% de extranjeros y la Primera Guerra Mundial ponía en evidencia la debilidad de una economía dependiente de Europa para su abastecimiento. Entre barcos atestados de inmigrantes que inundaban puertos y ciudades, la nueva clase media del entramado social mostraba claros indicios de que sectores emergentes iban a desafiar el sistema imperante hasta lograr que sus demandas de educación, de poder y hasta de privilegio económico se satisfagan.

En ese país de puertas abiertas, los diarios de la época *El Orden* y *La Gaceta* retratan en blanco y negro la huelga de 1907 de las casas de inquilinato -conventillos en la jerga popular- y el abandono de las mansiones de las familias patricias en busca de barrios alejados del hacinamiento.

La posterior ocupación de la universidad Nacional de Córdoba contra el elitismo y el retraso y la marcha en las calles de casi un tercio de la población de esa provincia pidiendo la apertura de las altas casas de estudio (el reclamo estudiantil que se extendió por toda América Latina, la Reforma Universitaria de 1918) fue otro indicador de los aires de renovación que la sociedad experimentaba en esos momentos.

En Tucumán, la quietud de la siesta provinciana contrastaba con el dinamismo propio de una sociedad en marcha: industrias, instituciones de crédito, actividad comercial, un gobierno que incrementaba la instrucción pública, recordemos a la ley 1420 que permitió la ampliación de la base educativa y a las Escuelas Normales que funcionaron como la puerta de acceso a estudios superiores. Ricardo Jaimes Freyre arriba desde Chile y en el Colegio Nacional se escuchan sus clases de Literatura mientras Lizondo Borda

escribe "...todo enmudece. El cielo pestañea relámpagos a ratos".

En este contexto, el 25 de mayo de 1914 se inaugura la Universidad de Tucumán, culminando un proceso que se había iniciado en 1907 en base a un proyecto de los entonces diputados J. B. Terán y José B. González.

En sus comienzos, la universidad se organizó en Departamentos, entre ellos, el de Mecánica, Química Agrícola e Industrial y fue nacionalizada en 1921, cuando el gobierno provincial transfiere al gobierno de la Nación todos los bienes muebles, inmuebles y fondos pertenecientes a la Universidad Provincial.

En aquel entonces, aún regía y lo haría por mucho tiempo más, la Ley 1597 publicada en 1885 y conocida como Ley Avellaneda: la designación de los profesores era realizada por el Poder Ejecutivo Nacional a propuesta de las Facultades que elevaban ternas. Luego de un período de designación los académicos debían revalidar su condición y quedaban designados de manera definitiva. Los salarios también los fijaba el Poder Ejecutivo Nacional.

Y fuimos más que uno

De la Génesis

Entendamos génesis en un doble sentido: como origen o principio y como una serie encadenada de hechos y de causas que conducen a un resultado.

A las primeras Escuelas de Ingeniería Agrícola e Ingeniería Química se sumaron posteriormente las carreras de Ingenieros de Puentes y Caminos y unos años después las de Ingenieros Civiles y de Ingenieros Geógrafos. En 1922 un decreto establece que la Facultad de Ingeniería tendría a su cargo la habilitación de profesionales destinados a las industrias, capaces de organizar y dirigir las fuentes de riqueza del norte argentino.

En este período histórico en el que se valoran la industria y la práctica, no se querían, según las palabras de Juan B. Terán, diplomados “empenachados de teorías”, tampoco vocaciones “intelectuales y solitarias”, estériles para la sociedad, sino hombres que interpretaran los fenómenos de la producción y la riqueza tucumanas.

Se abrían así las puertas a nuevas áreas del conocimiento, en las aulas universitarias circulaba un número reducido de alumnos y ocho profesores estaban a cargo de catorce cátedras.

Es el período de los pioneros, profesionales del medio y especialistas en otras áreas se incorporan a los claustros; en los pizarrones se escriben ecuaciones matemáticas y se explican las Leyes de Newton; se leen fórmulas químicas y se dibujan las partes de un motor. Comienza de este modo un proceso de selección de docentes, se organizan cátedras al mismo tiempo que las distintas disciplinas empiezan a diferenciarse progresivamente. Todo esto como expresión de una institución que intentaba adquirir una fisonomía propia y distintiva dentro del conjunto de las instituciones universitarias que, a su vez, experimentaban el mismo proceso.

A los primeros docentes de la Facultad de Ingeniería se suman profesores extranjeros que desarrollan una labor científica y pedagógica, se organizan talleres y laboratorios. La incorporación de profesores extranjeros volverá a repetirse entre los años 1948 y 1949, cuando un grupo de aproximadamente veinte europeos, en su mayoría alemanes, se incorporen a distintos claustros de la Universidad.

Y así fuimos creciendo.

La facultad de togas y birretes que vemos en las películas quedaba lejos, la industrialización del país era deseable y posible para el desarrollo de la región. Pero no hay progreso sin conocimiento, el saber se comparte: en un informe que el Vicedecano de la Facultad de Ingeniería presenta al Consejo Directivo en 1923, hace referencia a las Escuelas Anexas de Extensión Popular que la Facultad tenía a su cargo.

A esas escuelas concurrían operarios y obreros de fábricas y talleres con el único requisito de saber leer y escribir y manejar las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética. Electrotécnica, Mecánica y Motores a Explosión eran las orientaciones y se dictaban en doce horas de clases semanales. La enseñanza era de aplicación práctica, con el objetivo de que los obreros contribuyeran al mejoramiento de sus lugares de trabajo y al adelanto de la clase proletariada (sic) y por ende a la sociedad. A

esas escuelas se agregaron (a partir de 1947) cursos nocturnos de perfeccionamiento técnico y cursos de Electricidad Industrial, de Instalador de Radio, Oficial de motores Diesel.

(Imagino a esos operarios y mientras escribo esto lo relaciono con una imagen de mi niñez, cuando en Tucumán se habían cerrado los ingenios: veo al costado de la ruta grupos de hombres, mujeres y niños que llevan a cuestas sillas, alguna frazada, cacerolas ennegrecidas, quiénes son -pregunto- zafreros sin trabajo, contesta mi padre).

Al parecer, la Facultad no estaba encerrada dialogando consigo misma, miraba hacia afuera.

Las hoy inexistentes Escuelas Anexas tal vez hayan sido un primer lazo de la relación universidad-comunidad, una relación que pasó por distintas etapas, en un movimiento pendular y oscilante entre “universidad con el medio”, universidad “torre de marfil”, más lejos que cerca de aquella educación dialogal que a alta voz y entre enfrentamientos sociales planteaba Paulo Freire desde Brasil: extensión o comunicación, la universidad además de extender sus beneficios a otros espacios, también recoge cultura.

Del nombre y del lugar

La Facultad de Ingeniería pasa a denominarse Facultad de Ciencias Exactas, Puras y Aplicadas en 1942 y posteriormente, Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología, expresando a través del nombre, la distinción y diferencias entre las disciplinas científicas y el conocimiento aplicado propio de la ingeniería.

Si fuera posible materializar los distintos discursos veríamos circular entre los edificios de la Facultad a aquellos preocupados por lo universal, por explicar y cuantificar mientras a otros les interesa el dominio del mundo físico y cuyos resultados principales son los productos y las técnicas. Hay tradiciones, códigos y hasta estilos intelectuales que participan de la compleja dinámica que se da en la institución. (Pero ése es otro tema).

Pues bien, en posesión de un Nombre Propio, a la Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología le faltaba un lugar propio.

Como en los comienzos de la universidad en sus orígenes más allá del Atlántico, en los que maestros y aprendices se desplazaban por el territorio transformando cualquier espacio en un “aula”, cualquier lugar era bueno si se ponía en práctica el acto pedagógico, los profesores y estudiantes tenían algo de nómades.

Se trasladaban de un lado a otro de la ciudad, ya sea para clases en el edificio central de la Universidad, en un anfiteatro de madera que había sido construido en la casa del Dr. Miguel

Lillo, o bien la facultad alquilaba un automóvil para que los estudiantes fueran a las clases de Química Azucarera que dictaba el profesor William Cross en la Estación Experimental.

Sin embargo, en 1940 una comisión se había encargado de estudiar una futura ciudad universitaria que se instalaría en los terrenos de la actual Quinta Agronómica. Estudios posteriores revelaron que se necesitaba una organización residencial para 30.000 habitantes. El "campus" incluiría laboratorios, bibliotecas, aulas y residencias de estudiantes y profesores, campos de deportes, etc., con el fin de que todos vivieran en un ambiente propicio para el estudio y la meditación.

Ya en la época medieval las universidades se instalaban fuera de las ciudades (a fin de cuidar la integridad de las niñas), y el "campus" del siglo XIX implícitamente buscaba mantener a los ciudadanos "quietos" en un lugar definido y alejado de la ciudad.

El concepto de ciudad universitaria es en realidad del siglo XX. Se las ubicaba en zonas alejadas, en parte por el menor costo de la tierra pero principalmente para sacar a los estudiantes de las ciudades.

En Tucumán, y dada la envergadura del proyecto, en 1948 se compraron 17000 hectáreas en las Sierras de San Javier siendo rector el Dr. Descole. Se construyó la Ciudad Universitaria Juan B. Terán y en 1954 se puso en vigencia su estatuto. Como ciudad, necesitaba un gobierno, por lo tanto se determinó que estaría a cargo de un Alcalde, un Consejo y dos Secretarios, de Gobierno y de Hacienda. También se había previsto la dotación económica y hasta medidas disciplinarias para los estudiantes. Pero el recorte presupuestario, los problemas de transporte y de suministro de agua, entre otros, llevaron a la suspensión de las obras.

De aquel proyecto monumental hoy sólo quedan edificios corroídos por los años y el abandono.

Lo cierto es que la Facultad continuó *sin casa* hasta comienzos de la década del '70, cuando se instala definitivamente en Localizaciones Universitarias, en antiguos terrenos pertenecientes a la universidad.

Se cambiaron el automóvil y el anfiteatro de madera por grandes y similares edificios de hormigón con techo abovedado y lamelas de madera. La "piel" de los edificios es totalmente cerrada; las aberturas con parasoles proporcionan una visión sectorizada. El sistema panóptico distribuye a la gente en oficinas con ventilucos y entre pasillos estrechos.

El sol queda afuera, es mejor que el automóvil. Celebremos: casa nueva, son los '70.

Paréntesis

"Some animals are more equal than others"

Animal Farm-

G.Orwel

Sabemos que toda institución refleja el momento socio-histórico en el que se inserta. Ya en la década de los 60 el desconcierto y la zozobra fueron parte de un período ampliamente conflictivo. En Julio de 1966 la Guardia de Infantería había ocupado la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires durante la triste "Noche de los bastones Largos"; estudiantes y profesores fueron golpeados y detenidos. Se sucedieron luego el "Cordobazo", el "Tucumanazo", con estudiantes, dirigentes gremiales y policías enfrentándose en las calles de las ciudades. La situación política llevó a que miles de profesores de la UBA y de otras universidades del interior renunciaran a sus cargos. La historia tiende a repetir sus escenas, lo que sucedió ayer volverá a ocurrir en otro momento del tiempo: lo peor aún estaba por venir. La población estudiantil había aumentado notablemente tanto en nuestra facultad como en la Universidad; mientras se gestaba la universidad de masas se estaba gestando también la mayor de las desinteligencias y de las rupturas que iban a partir a nuestro país.

El péndulo se inclinaba hacia el horror, la pesadilla que no se puede describir.

En 1973 se intervienen las universidades nacionales; en el escenario nacional alternan izquierda, derecha, Montoneros, Juventud Unida Peronista, servicios de seguridad, extrema derecha fascista, la sociedad argentina presentaba diferencias sustantivas.

Posteriormente con el Ministro Ivanissevich se inicia la política de depuración que alteró totalmente la vida académica y la universidad se transformó en un espacio a conquistar.

Entre 1976 y 1977 se dictaron nuevas leyes bajo el lema declarado de intentar erradicar la subversión política e ideológica de las universidades y de normalizar la vida académica. Esto llevó a la pérdida de científicos, descenso de la matrícula, cesantías masivas.

Se llevaron hasta el Álgebra.

Así como el Emperador Shih Huang Ti dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él para que con él comenzara la historia del mundo, la dictadura militar sacó de circulación los textos más avanzados de la época, incluso se cuestionaba el Álgebra de Conjuntos y el Álgebra Proposicional, componentes básicos de las matemáticas que dieron sustento a la informática, las comunicaciones y la electrónica digital. Una de las industrias más poderosas del país, la de las telecomunicaciones, debe su

desarrollo tecnológico a esa matemática. El problema no eran los números en sí, sino que la teoría de conjuntos ya se aplicaba al estudio de los fenómenos sociales, Álgebra Proposicional admite soluciones binarias: Verdadero-Falso, ¿dónde entonces iban a incluir la proposición “por algo será”?

Se llevaron personas, miles. Se llevaron dólares, millones. El cielo se había caído.

Entre 1976 y 1983, la dictadura militar con su lógica de patria cuartelera, utilizó un nacionalismo atroz, despojando al Otro de la identidad y asesinó a parte de la población en nombre de la nación.

La vida académica transitaba a los tumbos, de la memoria de la facultad correspondiente al año 1978 cabe mencionar la disminución de docentes y de personal administrativo, además de la precariedad de los recursos financieros que afectaba desde el equipamiento hasta la imposibilidad de adquirir bibliografía actualizada. Entre otras actividades, la facultad había gestionado ante la Escuela de Defensa Nacional conferencias relativas a Defensa Nacional. Hubo cuatro, entre ellas, “Geopolítica Regional y Nacional” y “Política de Frontera y Seguridad Nacional”.

Democracia y más

Con el período democrático que se inicia en 1983 comenzaron luego los concursos docentes que implicaban algún cargo nuevo o legalizar el ya existente. Se puso nuevamente en marcha la dinámica propia de toda institución en la que está en juego un capital cultural. Los docentes actúan en bloque según su formación, las tribus académicas intervienen en la “arena de lucha” de ese campo atravesado de jerarquías, aceptadas, no dichas ni explicitadas pero reales que es la profesión docente. El prestigio, la pertinencia y la pertenencia, fuerzas verticales y horizontales, necesidades, relaciones e intereses, impregnan los hábitos de quienes definimos como académicos.

Al igual que el país la institución comenzó a reconstruirse; los cesanteados retornaban a sus cargos, las cátedras y laboratorios que habían sido desmantelados volvían a organizarse.

Aunque con dificultad, la universidad volvía a respirar.

Final

La Facultad de Ciencias Exactas y Tecnología ha recorrido un largo camino. Noventa años son muchos años.

Así como las personas reflejamos en la cara las marcas y los gestos que nos ha ido haciendo la vida, así también las instituciones reflejan en su

funcionamiento, en sus alcances y limitaciones, etapas de crecimiento, de quiebre, de ruptura, de recuperación y de creación.

De aquella primera Sección de Mecánica, Química Agrícola e Industrial que leemos en la Ley de Creación de la Universidad de Tucumán sancionada en la provincia en 1912, son numerosos los qué, cómo, quiénes y cuándo que intervinieron en la configuración de nuestra Facultad.

Habitantes ya del siglo XXI, nos queda tal vez indagar en los principios que la inspiraron, quizás sea necesario establecer una nueva relación con esos principios, a la vez de enunciar otros con los que nos identifiquemos.

Están presentes paradigmas e ideologías distintas, hay otros desafíos; vivimos en una cultura donde faltan estímulos que valoricen el saber; la universidad parece ser vista como una prolongación de la escolaridad donde los estudiantes eligen carreras sin interesarse por el conocimiento sino buscando aquello que asegure alguna gratificación, el “consumismo académico” en una sociedad de consumo.

Los docentes, por otra parte, desarrollamos nuestra tarea enfrentando los fenómenos de proletarianización e intensificación de nuestra actividad, el sí-mismo profesional y el yo-sustancial, se debaten entre esos extremos.

Desde las altas esferas del gobierno hace falta una política universitaria clara y comprometida con los objetivos que se declaran si la universidad de verdad tiene entre sus misiones ser una instancia de creación de nuevas formas de conocimiento.

A quienes formamos parte de esta comunidad nos compete interpretar la educación en la época que nos toca vivir y dar respuesta con acciones objetivas y concretas.

Es así como las sociedades hacen suyas las instituciones y como las instituciones permanecen en el tiempo.

5 de agosto de 2007
San Miguel de Tucumán

Prof. María A. Maidana de Lazarte

Prof. Asociada – Traducción Técnica